



Oxímoron

Santiago Alberto Acosta Martínez
Estudiante de Historia
Universidad Externado de Colombia

Edición especial
Historia sobre la marcha

Lucem

Imagen: Natalia Medina
Instagram: @natalia.medinam

Oxímoron

Santiago Alberto Acosta Martínez*

La historia de mi padre es una de esas que debería estar registrada en algún libro, y la razón por la que está vivo es uno de esos fatales oxímoros absurdos que, por alguna maldita razón, son comunes en todas las familias de este “Macondo grande”, sabrá Dios porqué. Una bala mal disparada es la razón por la que hoy estoy vivo, y el estar hoy vivo es la razón por la que salgo todos los días a la calle a tentar al diablo a ver si una nueva bala me alcanza. Este cochino país en el que me tocó nacer es un oxímoron gigante, viviente, andante, palpitante, la suma de millones de contradicciones familiares históricas que nos han puesto hoy aquí, en la página en blanco, en la calle vacía, en la casa ruidosa, en la ciudad tranquila, en el campo ocupado, en el disparo pacífico, en el comité desorganizado, en el diálogo silencioso, en la insegura estación de policía, para ser los protagonistas de este nuevo absurdo que es salir a enfrentar a la muerte pidiendo que no nos maten.

Mi papá fue uno de esos culicagados que pensó tener la revolución a la vuelta de la esquina hasta que las circunstancias de su fallido asesinato, primero, y el éxtasis de las primas y las vacaciones pagas, después, lo estrellaron contra un objeto inamovible. A mi padre lo tildaron de loco cuando dijo en su casa materna, que sus propias manos levantaron robándose los escombros de las grandes construcciones en las esquinas de Barranquilla por allá iniciando los sesenta, que se iría a Bogotá a estudiar medicina. Le dijeron que se devolviera, pero se hizo el bobo y siguió derecho hasta Ecuador buscando llegar a Argentina, siguiendo los pasos del Che. Comió física mierda cuando el Chile de Augusto Pinochet lo puso en su frontera norte con los codos hinchados por los bolillazos, y luego trató de subir hasta Bolivia, fracasando y volviendo a casa con el rabo entre las patas. Le hicieron el feo cuando se enteraron de que se había inscrito a sociología en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y que andaba metiendo baretta y hablando con los anarquistas, tirando piedra y organizando barricadas, y que estuvo a punto de subirse a un barco en Buenaventura que lo llevaría a pelear con los sandinistas en Nicaragua. Se vio en la mala cuando cerraron la Universidad porque la policía entró a matar estudiantes “como medida preventiva” (otro oxímoron fatal al que ya estoy acostumbrado). Pero después de tanta lucha, y aquí es donde la historia se vuelve oxímoron nuevamente, supo salir bien librado cuando, reabierto la Universidad y años después graduado de Antropología, se volvió un funcionario público, cómodo militante de comedor.

Por aquellas épocas de fervor revolucionario, mi padre iba caminando con mi madre por el centro de Bogotá, acompañados por Ricardo (Semilla, con ese apellido me gusta recordarlo), el hermano mayor de mi mamá. Un estruendo le hizo agachar la cabeza y un fogonazo le quemó la oreja, salieron corriendo y, pasado el susto de tener un revolver contándole secretos al oído, se percataron de que Ricardo faltaba, había sido él el caído bajo una bala dirigida a la cabeza del sindicalista, mechudo, vago y tirapietra de mi papá. Por esa falta de puntería, o bien por ese error de un sicario desatento, es que estoy yo aquí, y en vez de agradecer y cuidar la vida que me fue

* Estudiante de décimo semestre de Historia de la Universidad Externado de Colombia. Parte del Equipo Editorial de la revista *Lucem. Revista de Estudiantes de Historia*. santiago.acosta01@est.uexternado.edu.co

otorgada por obra y gracia del espíritu santo, salgo todos los días a las calles a ver si me cae un cilindro de gas en la cabeza o si un ciudadano de bien decide hacerle un favor a este país.

¡Qué tiempos absurdos vivimos! Que comenzaron con la promesa de futuros radiantes y hoy debemos volver a casa rogándole a la luz del día que nos dé una esperita, so pena de dejar a nuestra mamá esperando para siempre. Que oxímoron tan extraño es esa angustiante alegría que se respira en una marcha llena de arte y feliz compañerismo, que espera con angustia a ser inevitablemente dispersada; en una calle llena de colores y rostros alegres que se rebuscan con zozobra el sustento diario; en una universidad orgullosa de construir un conocimiento que tristemente no será leído por nadie; en una de esas hermosas estatuas que adornan las plazas, bellos y monumentales retratos de genocidas; en las redes sociales cuando vemos con ojos felices el apoyo a nuestra causa e inmediatamente después nos sorprendemos a nosotros mismos llorando por desconocidos asesinados. Creemos en un cambio posible y los que murieron peleando por ese cambio, evidentes pruebas de que cambiar trae la muerte como consecuencia, nos dan más esperanza de lograrlo. Vivimos cada día en un éxtasis igual de intenso para la dignidad y para la represión, las arengas suenan igual de fuerte que las aturdidoras, le ponemos el mismo pecho a la lluvia y a las tanquetas, se vive la misma camaradería en un plantón de barrio y en un tropel de avenida, y nos invade el mismo miedo al salir en la mañana y al volver en la noche, noche oscura y llena de terrores de la que huimos luego de haber sido sus protagonistas. La calle antes llena de pelados ahora está llena de policía, las redes antes saturadas de estupideces divertidas ahora están saturadas de muertos, los muros antes grafitados por *skaters* ahora están repletos de consignas y, sin embargo, nada ha de cambiar, y vivimos en la misma tensa calma, en el eterno instante infinitamente postergado, inmersos en un silencio ruidoso a indiferencia, o en un ruido de armas tan fuerte que silencia los reclamos, en esta oscura mañana por cuyo amanecer último peleó mi padre y peleó yo.

¿Se da cuenta de lo absurdo del asunto? Recibir la vida por un desfalco de la muerte y enfrentar luego a la muerte para exigir respeto a la vida. Haber luchado por una revolución tan abstracta como inalcanzable y resignarse a no alcanzarla nunca, pero seguir persiguiéndola siempre. Contar los muertos por decenas y encontrar en ellos esperanza, vivir en la tensa calma del instante antes del primer estruendo, y en la triste alegría de marchar con amigos sabiendo que podemos no volver a verlos al día siguiente. Salir todos los días a participar de esta tragicomedia musical, de esta película de terror romántico que brilla en las mañanas alborozadas llenas de miedo a la llegada de la noche. Y sin embargo, aquí seguimos, peleando por lo mismo y por todo lo contrario, por el derecho a vivir nuestras vidas sin caer en ese oxímoron fatal de que nos maten por vivir.

7 de mayo de 2021

En honor a quienes murieron a manos del Estado y siguen vivos, liderando esta lucha.